



¡LUCHAR ES VIVIR!

Bella y al mismo tiempo absurda expresión, especie de comodín, que igual se amolda á lo grande como á lo pequeño, á lo sublime como á lo ridículo.

Por doquier que volvamos nuestra vista, doquier que el pensamiento se detenga en su largo vuelo, la lucha existe entre los hombres, lucha feroz titánica, sin cuartel. Luchan, el hombre de ciencia, el sabio filósofo, por hacer expeditiva la vía del progreso y encaminar á la humanidad hacia el punto donde la antorcha de un nuevo y bello ideal señala el vasto imperio de la justicia, la libertad y el amor.

¡No, mil veces nó! El potentado que arrastra á los pueblos al precipicio, el militar que mata y destruye, el burgués que exprime al obrero para arrancarle la preciosa sávia, el clérigo que engaña y miente para hacer á los hombres miserables, en nombre de Dios ó del demonio, estos seres, no deben, no tienen derecho á pronunciar tales frases; en sus labios tal concepto es un crimen, un grosero insulto lanzado al rostro de la humanidad.

Pero ¿es que la frase resulta entonces huera, falta de todo sentido, de toda expresi-

ón?... ¡Oh, nó! Ella encierra y condena todo un pensamiento sublime y filosófico. El sabio de que hablamos al principio, el esclavo digno, que reclama su libertad y sus derechos de hombre, y con espíritu enérgico y decidido se esfuerza por trunchar la férrea cadena que le sujeta al pedestal de la tiranía... ¡Oh!... En boca de ese sér no cabe dudarlo, tal frase resuena como un égo de sublime y dulce esperanza. Ellos son los únicos que pueden exclamationar desde el fondo de sus conciencias: ¡«Luchar es vivir!»

La lucha, si, no habrá quien pueda negarlo, es necesaria, indispensable á la vida, y cualquiera que sea la lucha que el individuo emprenda, en ella funda un objetivo único: vivir.

Pero si esto basta para satisfacer en parte las aspiraciones del individuo, que falto de conciencia ó corrompido por el ambiente social en que sus facultades se desarrollan no reconoce otra norma de vida que la que le señala su propio egoísmo, dentro de una sociedad envilecida y bárbara, no puede del mismo modo satisfacer los anhelos de la humanidad, cuyas tendencias y fines están sujetos á una ley natural que no admite su desmembramiento. El hombre desviado (por causas cuyo conocimiento pertenece en parte á la historia, y especialmente al dominio de la ciencia investigadora) de esa ley natural que concede á todos por igual el derecho á la vida, lejos de propender al desarrollo y bienestar de la humanidad, que constituye en razón directa la base del suyo propio, ó sea, el bienestar individual, viene á convertirse en elemento destructor, puesto que para vivir ha menester trabar lucha con sus semejantes, lucha en que el más fuerte se devora al más débil, y el débil sirve de pasto al fuerte; de lo que resulta, el verdadero antropogismo disfrazado con el nombre de civilización, lo cual prueba, que el hombre, á despecho de todos los privilegios concedidos por la naturaleza (á los católicos, diremos por Dios, si quiera sea para no disgustarlos) se halla en este caso á un nivel infinitamente más bajo que la última bestia de la escala sociológica, puesto que si acaso existe el antropofagismo entre algunas especies de animales, él no constituye un método ó base exclusiva del sosten material. La metáfora usada puede no encuadrar á la opinión de los pseudos-civilizadores, moralistas y filántropos de nuevo cuño, que ven en lo expuesto un ataque á su pretendido humani-

El Rebelde Periódico Anarquista

Dirección: M. REGUERA, Casilla Correo 15 - Buenos Aires

SE PUBLICA POR SUSCRIPCIÓN VOLUNTARIA—APARECE CUANDO PUEDE

LA PROPIEDAD ES UN ROBO

tarismo, humanitarismo que en buen análisis no es otra cosa que una hábil estratagemata para suplir con la astucia la insuficiencia de fuerza material—pero en cambio, los sacrificados, los que sienten escapar la sangre de sus venas, convertida en gotas de sudor, para nutrir el abultado estómago de los voraces victimarios, confirman toda la verdad cuando inconscientemente exclaman, con el acento resignado y débil del agonizante: La suerte no ha coronado mis esfuerzos. La desgracia me aplasta y aniquila.

Cuando el proletariado, hoy débil por su ignorancia, sea capaz de comprender de donde proviene el origen de esa suerte y esa desgracia, entonces sabrá evitar una y otra, sabrá ser fuerte para destruir la causa del mal, y el imperio de los caníbales habrá desaparecido del terrestre planeta.

¡Solo entonces podremos exclamar todos los hombres á la vez: ¡«Luchar es vivir!» ZELAZNOG.

El único remedio

Trabajadores: el hambre y la miseria, todos los males de esta maldita sociedad, nos acosan.

Hemos llegado á un período de civilización y de un siglo de barbarie. No es posible soportar por más tiempo las cadenas que nos oprimen.

Renamnos de una vez todas nuestras energías y así lograremos destruir la mentira y el engaño que aprisionan á los pueblos.

La vida humana tiene dos fases, la felicidad ó la muerte. Al faltar la primera, es preferible la segunda. ¿Qué importa perder aquello que no se puede soportar? ¿Qué importa perder una vida miserable, andrajosa, que enseña sus horrores en talleres, calles y plazuelas con asco y desprecio de aquellos que todo lo poseen?

¡Basta de jerarquías ignominiosas! ¡Abajo toda clase de partido! ¡Abajo toda clase de gobierno! Los hombres que lo han constituido y constituyen son los verdaderos forjadores de todas las cadenas que nos oprimen.

¿Porqué rendir culto á las jerarquías? ¿Porqué mantener á los vagos que nada de útil producen, siendo así que nosotros, trabajadores, el único elemento sano de la sociedad, todo lo producimos y de nada nos aprovechamos? ¿Quiénes son ellos? ¿De qué rincón del mundo han salido, y en nombre de qué derecho han de seguir imponiéndonos?

Trabajadores: toda la riqueza de que no disfrutamos es el producto de sufrimientos sin fin de los párias pasados y presentes. A nosotros incumbe la tarea de devolver á sus productores lo que hoy es patrimonio de unos cuantos vagos que no tienen á su favor otros argumentos que la fuerza, que es la base en que asientan las iniquidades de que somos víctimas por nuestra ignorancia y nuestra cobardía.

Además de todas las injusticias que pesan sobre nosotros, no olvidemos á los

Portas ni á ninguno de los inquisidores que al servicio de la maldita reacción han martirizado y martirizan á nuestros hermanos.

La razón está de nuestro lado, razón que puede, cuando nos dispongamos á ello, aniquilar sus cañones y sus guerreros. Dirijamos, pues, todos nuestros esfuerzos hacia la implantación del ideal libertario, único remedio que nos librará de esta sociedad maldita.

J. S. C.

Expansión

¡Acércate!... ¡Más!... ¡Así!... En tu cuerpo mis brazos, los tuyos en mi cuello, siempre juntos, siempre unidos en amoroso lazo, respirando los aires puros del campo, saturados de olores y embriagadores perfumes que rellenan el corazón de dulzura...

¡Que dicha la nuestra! ¡Que felicidad más grande!

¿No te consideras feliz estando á mi lado?

¿No te sientes dichosa gozando de los encantos que la pródiga Naturaleza ha proporcionado á ese pedazo de mundo ignorado casi de todos?

¡Si eres feliz; tus ojos me lo revelan! ¡Yo también lo soy, vida de mi vida, balsamo consolador de mis pesares! ¡Sí lo soy!...

Aquí solos los dos, oyendo los chasquidos de nuestros besos, confundidos con los armoniosos cantos de los pajarriles que revolotean por entre el ramaje de esos árboles frondosos que dan sombra para que nos guardemos de los rayos que despiden la luz vivificadora del astro solar.

¡Eso es vivir! Sin penas, sin tristezas, sin preocupaciones mundanales que impidan el placer á nuestros corazones á la satisfacción á nuestros cuerpos. ¡Eso es vivir! Gozando siempre, siempre amándonos, olvidados del mundo y olvidándolo nosotros.

Aunque los dos consideramos que la propiedad es un robo y, por lo tanto, la expropiación una necesidad, no ambicionamos nada; lo que deseamos lo tenemos. Queríamos mutuamente nuestro amor y lo poseemos, pues la ambición ha desaparecido de nuestros corazones...

¡Acércate!... ¡Así!... Siempre á mi lado, tus cabellos entre los míos, mis labios rozando con los tuyos, mis ojos reflejados en tus ojos, tu aliento confundido con mi aliento; eso es dicha, placer amor...

¡Oh, realidad maldita! Cruel desengaño... Solo fué un sueño...

No, no soy feliz; era mentira...

La realidad desvaneció mi dicha, mis placeres, mi amor...

¡Sí, todo es así, todo es mentira para mí; la dicha no existe; fué dichoso una vez, y fué soñando...

Las dichas de ese mundo son eso: Un sueño.

J. Tous Puy.





